

El pensamiento único. ¿Hay alternativas?

Javier Gorosquieta*

EL «horror económico» que ha denunciado Viviane Forrester en un libro del mismo nombre (1), con un notable éxito editorial, no es otra cosa que el sistema ultraliberal imperante en los Estados Unidos de Ronald Reagan y en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher, y superviviente y próspero, para algunos, también en nuestros días. Es «horror» porque ha implicado e implica el «fin del trabajo», porque va camino de traer la exclusión de la mayoría del mercado laboral, de tal manera que no habrá solamente «parados» transitorios sino sobre todo mayorías definitivamente «sobrantes», excluidas.

Hace unos años se hablaba de la sociedad de los dos tercios, precisamente como resultado de la vigencia de aquellas políticas ultraliberales: un tercio de la población que prospera con el sistema; un segundo tercio que mantiene en líneas generales su nivel de vida; y un último que congrega a las personas excluidas. Los ultraliberales con una brizna de inquietud social seguían, a pesar de todo, defendiendo ese régimen como el mejor, porque

(1) Forrester, Viviane: *El horror económico*. Edita Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1997.

* Profesor de Ética de la Empresa en la Facultad de Empresariales de las universidades Comillas (Madrid) y de Deusto (Bilbao).

creían que el sistema producía la suficiente riqueza como para atender las necesidades de todos y propugnaba el otorgamiento de algunas migajas sociales a los individuos sobrantes.

Hoy hemos avanzado. En 1995, quinientos líderes mundiales, políticos de primera fila, líderes económicos y científicos, reunidos en el hotel californiano «The Fairmont» pronosticaron para el siglo XXI la sociedad mundial 20-80: un 20% de la población activa bastará para mantener en marcha la economía mundial. Una quinta parte de todos los que buscan trabajo bastará para producir todas las mercancías y aportar las valiosas prestaciones de servicios que la sociedad mundial puede permitirse. ¿Y el 80% restante? El veterano Zbigniew Brzezinski, ex consejero de Jimmy Carter y participante en la reunión, puso sobre la mesa la palabrita *tittytainment*: el buen humor de la población del mundo podría mantenerse con una mezcla de entretenimiento aturdidor y alimentación suficiente (2). Éste es el horizonte de exclusión laboral que nos presentan los ultraliberales, los partidarios del «pensamiento único».

Pensamiento único

PERO, ¿qué es exactamente el «pensamiento único»? El economista y periodista Joaquín Estefanía, en su reciente libro *Contra el pensamiento único*, lo describe de esta manera (pág. 26):

«El pensamiento único trata de construir una ideología cerrada; no remite exclusivamente a la economía sino a la representación global de una realidad que afirma, en sustancia, que *el mercado es el que gobierna y el Gobierno quien administra lo que dicta el mercado*».

El pensamiento único, del que tan difícil resulta salirse hoy día es, pues, una amalgama heterogénea de conservadurismo y de liberalismo realmente existente, que se sostiene en asertos tales como los siguientes:

- Achicar el Estado es agrandar la civilización.
- Se acabó la historia; la sociedad será siempre capitalista y liberal.
- El liberalismo económico lleva, inexcusablemente, a la democracia.
- Hay que adoptar el modelo neoliberal, que es el que se impone en todo el mundo. La economía social de mercado forma parte ya del pasado y sus defensores son dinosaurios ideológicos.
- Pragmatismo: ya pasó la época de las ideologías.

(2) Martin, Hans-Peter y Schumann, Harald: *La trampa de la globalización*. Ed. Taurus, Madrid, 1998, pág. 7s.

- El mercado lo resuelve todo del mejor modo posible.
- No se pretende atacar a los débiles, sino las pretensiones más débilmente justificadas.
- Siempre hubo y habrá corrupción, pero en el liberalismo es marginal y en el estatismo, estructural.
- Siempre habrá desigualdades porque están en la naturaleza humana.
- Primero hay que agrandar la tarta y sólo luego repartirla.
- Globalización. El nacionalismo económico es una expresión retrógrada que debe desaparecer.
- La soberanía nacional es un arcaísmo del pasado, está superada y en disolución.
- Las privatizaciones son la panacea.
- El capital extranjero es la solución; por tanto, hay que desregular sin limitaciones al sistema financiero y no poner puertas al campo.
- La experiencia económica chilena es el paradigma del modelo neoliberal y debe ser imitada.

Su «éxito» en los Estados Unidos

Y este pensamiento único ataca, en concreto, desde su supuesto éxito en el imperio, en los Estados Unidos: en 1997, sólo un 5,7% de paro, frente al 10-11% de media en la Unión Europea, notable crecimiento de la economía, inflación dominada. Pero en ese tiempo, no era tan claro que fueran tan sublimes las virtudes del modelo USA (capitalismo sajón) frente al de Europa occidental (capitalismo renano). Trajo, en efecto, grave acentuación de las desigualdades en América del Norte: dos de cada tres asalariados experimentaron una creciente precariedad en sus empleos; los salarios reales de una amplia mayoría de la población estaban en niveles equivalentes a los de hace veinte años. Un niño que nacido en Harlem tenía una esperanza de vida inferior a la de otro que nace hoy en Bangladesh, y contaba con menos posibilidades de ir a la escuela a los cinco años que un chaval de Shanghai; un joven negro norteamericano sabe que, *a priori*, pasará como media más tiempo en la cárcel (donde se encuentra recluso más del 2% de los hombres en edad de trabajar) que en la Universidad (3). Larry Summers, el número dos del Tesoro americano, decía a este respecto: «Estados Unidos corre el peligro de dejar de estar unido; la sociedad corre el peligro de explotar.»

(3) Gorosquieta, Javier: «Del Estado de Bienestar a la Sociedad de Bienestar», en *Sociedad y Utopía*, n.º 10, octubre de 1997, pág. 156 ss.

Pero todo esto se decía a lo largo de 1997. Y resulta que a esta altura de junio de 1998 los resultados económicos en USA se presentan todavía más espectaculares. Hoy, cientos de miles de comercios y empresas exhiben el cartel de «se necesitan trabajadores», los diarios van cargados de páginas con ofertas de empleo, los estadounidenses vuelven a creer firmemente en la idea de que quien no trabaja en ese país es porque no quiere y las estadísticas oficiales corroboran que el paro sigue decreciendo. Las difundidas a primeros de mayo por el departamento de Trabajo sitúan el desempleo en abril en el 4,3%. Se trata del porcentaje más bajo en 28 años. Está ese porcentaje de paro ya muy próximo al que se considera propio de una situación de pleno empleo: en el entorno del 2-3%.

En el mes de abril se crearon en USA 262.000 empleos netos. La economía USA creció en el mes de abril a un fuerte 4,2% del Producto Interior Bruto, en ritmo interanual. La inflación, al final de marzo, se situó en un ritmo anual del 0,9%, el más bajo en los últimos siete lustros. Las finanzas públicas han pasado de una situación crónica de déficit a otra de claro y significativo superávit. Los salarios han subido un 4,4% entre abril de 1997 y el mismo mes de este año, según informe de Trabajo (4).

Resultados, por lo tanto, muy brillantes. Y provocadores. Provocadores para Europa. Porque, además, se soslayan las dos objeciones básicas que se suelen hacer al sistema ultraliberal USA, y que antes recordábamos: el crecimiento de las desigualdades y los salarios *basura*. Es cierto que las desigualdades de ingresos en Estados Unidos han aumentado enormemente en los últimos 20 años. «No obstante, incluso en este aspecto, las últimas noticias son buenas. Desde mediados de los noventa, la distribución de los ingresos en Estados Unidos —el desfase entre ricos y pobres— se ha estabilizado, si no se ha reducido ligeramente. ¿Por qué ha ocurrido este cambio? ¿Será duradero? La verdad es que nadie lo sabe. Pero, por lo menos, sabemos que el crecimiento económico en Estados Unidos no es necesariamente sinónimo de aumento de las desigualdades de ingresos» (5).

Y en cuanto a los salarios *basura*, ¡claro!, sucede que a medida que una economía se acerca a posiciones de pleno empleo, a medida que escasea la «fuerza de trabajo», se incrementa automáticamente el poder negociador de los trabajadores; pueden conseguir mejores condiciones laborales; tienden, por lo tanto, a desaparecer aquellos salarios *basura*. Esto es lo que a mi juicio puede explicar aquella reciente subida media de los salarios en Estados Unidos.

(4) Cfr. diario *El País*, 9-V-98.

(5) Blanchard, Olivier en diario *El País*, suplemento «Negocios», 10-5-98.

¿Es que entonces Europa, el capitalismo renano, con su Estado del Bienestar, sus leyes de salario mínimo presentable, sus seguros de desempleo, se ha quedado sin argumentos frente al sistema ultraliberal norteamericano? Creemos que no. Y creemos que no recordando sencillamente la teoría de los ciclos económicos, es decir, el hecho, totalmente contrastado históricamente, de que la economía de libertad de empresa ha ido creciendo permanentemente en su tendencia secular, pero no de una forma lineal, recta, sino de manera cíclica, con sus cuatro fases que se han ido repitiendo de expansión, crisis de la expansión, recesión, crisis hacia una nueva expansión o recuperación. Y lo que sucede sencillamente ahora en la economía USA es que viven una larga fase de prosperidad, de expansión, que dura ya ocho años seguidos. Pero volverá la crisis. Con toda seguridad. Y entonces los trabajadores, en su trapecio, quedarán de nuevo sin redes de protección. Volverán los salarios *basura* y volverán a mantenerse o a crecer, de nuevo, las desigualdades. Esto será particularmente cierto si acceden al poder los republicanos. Al fin y al cabo el demócrata Clinton quiere dedicar los actuales superávits presupuestarios a incrementar el gasto social en favor de los más pobres, mientras que los republicanos, conservadores, de derecha, propugnan aprovecharlos para rebajar los impuestos.

En Europa, por el contrario, la red del Estado del Bienestar (pensiones, sanidad, educación, vivienda social, seguro de desempleo) quedará, bajo el trapecio, permanentemente tendida. Y en Europa se continuará, sin duda, con una política fiscal redistributiva.

¿Alternativas?

LA opción europea, por lo tanto, parece clara, a pesar de su menor crecimiento actual y su mayor índice de paro. Pero ¿es posible mantener y, sobre todo, mundializar esta alternativa?

Antes de responder directamente a esta pregunta, interroguémonos un poco más sobre cuál es esta alternativa.

En España el candidato socialista a la presidencia del Gobierno, José Borrell, se sitúa a sí mismo dentro de la izquierda, en «posiciones –dice– templadas, alejadas del social-liberalismo y también del radicalismo». El Gobierno, por su parte, se define como de «centro reformista», reivindica el «compromiso de cambio», e incluso, de alguna manera, una política de «centro izquierda».

Pero ¿qué es hoy la izquierda? Diego López Garrido, en una reciente publicación, se hace esta misma pregunta y responde que la izquierda se

define: a) por una dimensión ideológica, b) por un programa, c) por una base social, d) por unos instrumentos de acción política directa, e) por una estrategia (6). Fijémonos un momento en la ideología y en el programa.

En cuanto a la ideología reconoce que la izquierda necesita una revitalización, que hay «elementos de pobreza ideológica que nos atenazan», «que la Izquierda tiene que buscar una superioridad moral, una hegemonía intelectual, antes de poder trasladarla o transformarla en éxito electoral», que «tendrá que ir en la línea de renunciar a la creación de *ideologías*, acabadas, para permitir el surgimiento de *ideas* que no pretendan la planificación absoluta del futuro, sino abrirse, sin elitismo, a lo que viene de las grandes mayorías y las grandes minorías». «El universalismo (propio de la Izquierda) requiere que los objetivos morales de la misma se amplíen hacia la mayor de las injusticias existentes hoy, la que diferencia a los pueblos más desarrollados de aquellos que ven morir a sus hijos por miles diariamente. Esta situación tiene un reflejo, quizá borroso, en el fenómeno inmigratorio, que amplía el concepto de ciudadanía.»

Sobre la renovación del programa dice; «la gran cuestión del siglo XXI será la redistribución de la riqueza; una cuestión de honda raigambre progresista. Y es que las fuerzas del mercado normalmente son incapaces de actuar durante un período prolongado de tiempo, sin producir distorsiones y grandes desequilibrios económicos y sociales. Uno de esos desequilibrios es hoy el empleo. La Izquierda debe reorientar la política económica hacia la creación de empleo. Eso significa avanzar en la línea de reducción generalizada del tiempo de trabajo, pero también de creación de empleo inspirada por los poderes públicos». Formación para el empleo. Fomento de pequeñas y medianas empresas. «Situar el empleo en el centro de la política económica significa restablecer una fuerte vinculación entre los partidos progresistas y los sindicatos». «El otro objetivo es la redistribución a través del presupuesto.» Defensa de «los derechos de los colectivos más vulnerables de la sociedad». Empresa pública: «Sigue siendo importante que el Estado pueda controlar sectores estratégicos, dirigir monopolios naturales y beneficiarse de empresas públicas solventes, de las que hay múltiples ejemplos...»

Como se puede observar, la Izquierda tiene hoy la gran tarea de encontrarse a sí misma; se halla un poco perdida; es consciente de que hoy por hoy no puede llegar al poder, la izquierda neta. Por otra parte, bastantes de los elementos enumerados han sido asumidos ya, con matizaciones, por las polí-

(6) Cfr. López Garrido, Diego: *La Izquierda. ¿Qué era? ¿Qué es?* Ediciones Destino. Madrid, 1998, pág. 69 ss.

ticas de centro izquierda. Tanto por el «centrismo radical» de Tony Blair, como por la «economía social de mercado» de Helmut Kohl. Por eso, con clarividencia, el segundo de a bordo del equipo Borrell, Luis Martínez Noval, declaró a finales de mayo que «debemos luchar ahora para reconquistar la confianza del electorado de centro» (7). No tiene posibilidades de triunfar José Borrell con una postura de izquierda neta, sino con el centrismo de izquierda de Felipe González y del aparato del partido. Lo mismo creemos sucede en toda Europa. En Francia el llamado partido socialista francés es, en realidad, socialdemócrata: el máximo de justicia social, pero dentro del sistema capitalista. ¿Qué partido socialista europeo reivindica hoy, como lo hicieron tradicionalmente, la destrucción y sustitución del sistema capitalista?

Esta posición de centro izquierda, vigente, es la que puede preservar, en mi opinión, como sería de desear, las características del capitalismo renano: libertad de empresa sí, pero manteniendo el Estado del Bienestar y una política redistributiva.

Mundialización

NOS quedó pendiente una pregunta sobre el posible mantenimiento, exportación y mundialización del sistema europeo.

El mantenimiento creo depende, fundamentalmente, de una variable: la resolución satisfactoria del problema del paro. Hasta ahora la Unión Europea había sido tibia en todo lo relativo a esta cuestión. Pero el triunfo de los socialistas de Jospin en Francia ha ido cambiando el panorama. Se celebró en noviembre pasado la cumbre de Luxemburgo, dedicada monográficamente al tema del desempleo. En ella los gobiernos nacionales de la UE adquirieron serios compromisos para elaborar programas nacionales y políticas activas de creación de empleo. En la próxima cumbre de Cardiff, tales planes serán examinados y habrá un enriquecimiento mutuo para poner en práctica esas políticas *nacionales* de empleo. Por otra parte, en la propia UE hay países ejemplares, con muy bajos índices de paro, de los que aprender en esta materia: Austria, Luxemburgo, Holanda. Es de esperar que las nuevas iniciativas garanticen con absoluta solvencia la permanencia del modelo renano de los socios de la UE.

En cuanto a la mundialización o globalización del sistema europeo, es música de otro cantar. La globalización liberal está ya ahí, por encima, de los poderes limitados de los gobiernos nacionales y de las entidades supranacio-

(7) Cfr. diario *El País*, 30-V-98.

nales, como son, por ejemplo, la propia Unión Europea, el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización de Naciones Unidas. Como dijo recientemente Fidel Castro, en un congreso internacional en La Habana, ante una audiencia de más de 2.000 mujeres provenientes de todo el mundo, «si alguien gritara “abajo la globalización”, sería como gritar “abajo la ley de la gravedad”». No hay quien la pare. O como señala el antes citado Diego López Garrido: «La economía se ha mundializado y no hay instrumentos del mismo nivel, de tipo político, y mucho menos de tipo mínimamente democrático, para gobernar esa economía. Ése es probablemente uno de los mayores desafíos para el próximo siglo» (8).

Se impone, como señala el economista Emilio Ontiveros en un libro reciente, caminar decididamente hacia un gobierno mundial. Sólo dentro de él, el modelo será exportable, en igualdad de condiciones de competencia con el modelo de los Estados Unidos. No hay alternativas a la globalización liberal y a todo lo que tiene de «pensamiento único», pero es preciso tratar de domarla mediante un proceso hacia un gobierno mundial y hacer que dentro de ella, así domesticada, puedan mantenerse y proliferar los Estados del Bienestar y de las políticas fiscales redistributivas.

Esta idea no es de unos pocos sino que se va compartiendo a nivel general. Así, en 1995 la crucial reunión de Davos, organizada todos los años por el *World Economic Forum*, versó sobre el «gobierno mundial». El Foro, que cumplía un cuarto de siglo, había reunido una vez más a la flor y nata de las finanzas y la política mundiales. Trataron de la «gobernación» mundial. El documento final menciona los problemas que necesitan la racionalidad y la autoridad de una gobernación mundial: «además de la estabilidad de los mercados financieros, la necesidad de llevar a cabo políticas de crecimiento sostenido (que depende mucho de lo anterior) y la reducción de la pobreza que, en medio de la prosperidad de algunos países, tanto ha crecido en algunas partes del mundo que parece irredenta. También se ocupa de la protección del medio ambiente, que es un problema global y sólo una instancia global puede encargarse adecuadamente de ello, la producción, tráfico y consumo de drogas, que igualmente requiere una conceptualización y un tratamiento global, el crimen organizado y el terrorismo a escala mundial; el comercio de armas y la proliferación de armas nucleares» (9).

Algunos ven en el Consejo de Seguridad de una ONU reformada ese germen que desarrollar de un Gobierno o «gobernación» mundial.

(8) Cfr. López Garrido, Diego, *o.c.*, pág. 21

(9) Sebastián, Luis de: *Neoliberalismo global*. Editorial Trotta. Madrid, 1997, pág. 67